

Los Llamados y los Elegidos
Los Cambiantes Sentidos Morales de la Categoría “Pionero” en
una
Ciudad de la Costa Atlántica Bonaerense

Gabriel D. Noel

IDAES/UNSAM – CONICET

Resumen

Sobre la base de una intuición metodológica que impulsa a quienes trabajamos las dimensiones morales de la vida social a buscar escenarios conflictivos y de cambio social acelerado, el presente texto procura dar cuenta de algunas transformaciones sociales y morales sufridas por la localidad balnearia de Villa Gesell (Buenos Aires, Argentina) a lo largo de su historia, a través del análisis del principal y más potente de los recursos morales de identificación de la ciudad: la categoría de **pionero**. A estos efectos, reconstruiremos la versión original y canónica de este recurso a la luz de las circunstancias de su surgimiento y movilización, para rastrear después sus transformaciones a la luz de coyunturas sucesivas que suponen nuevos desafíos a su capacidad de dar cuenta de la heterogeneidad de la ciudad y de sus posibilidades de dar respuesta verosímil a la pregunta acerca de quiénes son sus usufructuarios legítimos.

Palabras Clave: Antropología de las Moralidades, Recursos Morales, Repertorios Morales, Ciudades Intermedias, Identidades Colectivas

Abstract

Following the methodological intuition that conflict and sudden social transformations are usually fruitful scenarios for research on the moral dimensions of social life, the following text intends to account for some social and moral transformations undergone by the seaside city of Villa Gesell (Buenos Aires, Argentina) throughout its history, through the analysis of the main and most powerful moral resource for identification with the city: the category of **pioneer**. To this effect, we will reconstruct the original and canonical version of this resource within the circumstances of its origin and

mobilization, to follow afterwards its transformation in the light of further scenarios which imply new challenges to its capacity for accounting for both the heterogeneity of the city and its possibilities in answering the question of whom are its legitimate beneficiaries.

Keywords: Anthropology of Moralities, Moral Resources, Moral Repertoires, Medium-sized Cities, Collective Identities

“... porque muchos son los llamados, pero pocos los elegidos”.

Mateo 22:14

“To the great despair of historians, men fail to change their vocabulary every time they change their customs”

Marc Bloch

Introducción

Los investigadores interesados en el abordaje de las dimensiones morales de la vida social¹ (Fassin, 2008 y 2012, Zigon, 2008, Noel, 2014a) nos enfrentamos a un problema metodológico, que aunque lejos de ser exclusivo de nuestro campo², se vuelve allí particularmente visible. Nos referimos al hecho de que no podemos indagar directamente a los propios actores sociales acerca de sus evaluaciones morales, y esto por dos razones. En primer lugar, porque como han insistido varios autores (Giddens, 1995, Zigon, 2007, Bourdieu, 2007, Noel, 2013) el comportamiento moral rara vez es reflexivo: por el contrario, tiende a movilizarse sobre la base de disposiciones incorporadas que los propios actores dan por sentadas. Así las cosas, lo más probable es que una pregunta directa o hipotética sobre el comportamiento moral elicite una racionalización *ad hoc* cuya relación con las prácticas de las cuales quisiéramos dar

¹ A los fines de este texto, utilizaremos el adjetivo ‘moral’ para referirnos a todas aquellas prácticas que involucran la referencia a uno o más valores imputables a algún colectivo del que el agente que lo enuncia reclama adhesión, y que configuran grados de obligación y deseabilidad relativa de un curso de acción comparado con otros cursos posibles (Firth, 1964:206-224 y Balbi, 2008)

² Aún cuando a estas alturas no debería ser necesario recordar el célebre *dictum* malinowskiano de que una cosa es la que los actores dicen, y una muy distinta la que los actores hacen, y que por tanto no pueden deducirse éstas de aquéllas (Malinowski, 1991), el abuso ocasional de la entrevista como técnica principal – o incluso exclusiva – en investigaciones que pretenden dar cuenta de las prácticas de los actores nos obliga a recordar esta admonición metodológica.

cuenta no resulta demasiado esclarecedora. A esto se agrega, en segundo lugar, el que las interrogaciones referidas a la moral y lo moral, en virtud de su misma naturaleza contestada (Howell, 1997) se vuelven con frecuencia susceptibles de recibir respuestas políticamente correctas, que aunque puedan ser útiles para develar los valores y posicionamientos que el interrogado supone comunes con quien lo interroga, una vez más discurren por planos distintos del del comportamiento moral de los actores en situación.

Teniendo en cuenta, entonces, que el recurso a la pregunta directa difícilmente produzca el tipo de datos que quisiéramos recoger, ¿cómo ‘sorprender’ a los actores en el despliegue de comportamientos moralmente informados? ¿Cómo acceder a la reconstrucción de sus herramientas morales bajo las modalidades específicas en que son movilizadas? (Noel, 2014a) Por fortuna, los medios para dar respuesta a estas preocupaciones han estado presentes en la discusión de las ciencias sociales casi desde su inicio: lo que se requiere a estos fines es ir en pos de las **disrupciones**, es decir aquellos escenarios donde las certezas habituales de los actores son sometidas a prueba, recusadas o impugnadas. A nivel individual esto implica ir en busca de **situaciones límite**, esto es coyunturas en la cual las disposiciones morales de los actores los empujan a una suerte de *reductio ad absurdum* que los obliga a “*detener la marcha*” para reflexionar sobre ellas y sus consecuencias (Malinowski 1993, Zigon, 2007). A nivel colectivo se trata de ir detrás de escenarios que suelen colocar a los actores en un estado de reflexividad moral mayor al habitual, y que suscitan entre ellos una efervescencia que se traduce en disputas y confrontaciones constantes acerca de su interpretación y adjudicación moral: estos escenarios son aquellos que implican situaciones de **conflicto**, por un lado, y situaciones de **cambio social acelerado** por el otro.

En efecto, como lo han demostrado numerosos autores (Balbi, 2008, Cohen, 2000, Fassin, 2005, Herzfeld, 1982, 1985, 2002) – y en particular aquellos que se sitúan dentro de la tradición pragmatista (Boltanski, 2000, Boltanski y Thévenot, 2006, Freire, 2011, Werneck, 2012) – cuando los actores sociales entablan disputas sobre cuestiones que consideran urgentes, centrales o cruciales, los recursos morales no tardan en ser movilizadas. Por otra parte, como ya sugirieran Durkheim (1993) o Geertz (1987) y

como lo han mostrado autores como Elias y Scotson (2000), Frederic (2004) o Robbins (2009), cuando los miembros de un colectivo social perciben que éste o sus límites se vuelven opacos, imprevisibles o amenazantes, suelen sentirse interpelados a producir de manera tanto individual como colectiva teorizaciones acerca de la naturaleza del cambio, su etiología y las potenciales actitudes o estrategias a seguir en relación con él. Una vez más, resulta sumamente frecuente que estas reconstrucciones nativas del cambio social sean producidas y enmarcadas en un lenguaje que moviliza recursos morales.

Retomando nuestra admonición inicial, por tanto, la estrategia más fecunda para aquellos que estamos interesados en dar cuenta de las dimensiones morales de la vida social parece ser buscar escenarios que satisfagan la mayor cantidad posible de estas condiciones concomitantes, esto es, escenarios **conflictivos**, que los propios actores involucrados en ellos perciban como atravesando procesos de **transformación acelerada**, y cuya novedad relativa los enfrente, por tanto, a **situaciones límite** que pongan a prueba constante su capacidad para gestionarlos a través de sus recursos morales habituales, y sus formas sedimentadas de movilización.

Así fue que en busca de un *locus* etnográfico que satisficiera esta triple constricción, localizamos hace ya casi una década un escenario en el que la misma parecía desplegarse de modo eminente: la localidad de Villa Gesell, una ciudad balnearia situada en el litoral atlántico bonaerense, a unos 350 km de la Ciudad de Buenos Aires. Más allá de ser conocida en la Argentina como el segundo destino turístico balneario del país – con la afluencia de algo así como un millón y medio de turistas en la temporada estival³ – Villa Gesell es como veremos una ciudad joven cuyo crecimiento demográfico en las últimas décadas ha alcanzado niveles que van de inusuales a espectaculares, transformándose en una de las localidades con mayor tasa de crecimiento de la provincia – en ocasiones incluso del país todo – y pasando en pocas décadas de un puñado de viviendas dispersas entre las dunas a una ciudad intermedia de más de 35.000 habitantes⁴. Como puede bien imaginarse, en este marco muchos de sus habitantes de

³ El primer puesto corresponde a Mar del Plata, aún hoy la ciudad de veraneo por antonomasia de la Argentina.

⁴ Villa Gesell ha registrado consistentemente en las últimas cuatro décadas una de las tasas de crecimiento intercensal más grandes de la provincia de Buenos Aires. La siguiente tabla da cuenta de esa evolución:

mayor arraigo se han visto constantemente interpelados a dar cuenta de este crecimiento y a procurar volverlo legible en términos morales. Más aún, la investigación ulterior habría de revelar que esta triple coyuntura está lejos de restringirse a la situación actual o al pasado reciente: por el contrario, como habremos de mostrar en breve, a lo largo de sus 85 años de historia la ciudad ha atravesado periódicamente una serie de crisis demográficas e identitarias que, leídas por los principales emprendedores de la localidad en clave de desafío moral, han suscitado la movilización activa y explícita de recursos y repertorios destinados a contenerlas, a enmarcarlas en interpretaciones canónicas con aspiraciones hegemónicas, y a tratar de sostener – mediante un esfuerzo sumamente exitoso de reconstrucción continua – una serie de fronteras en torno de las cuales se distribuyen recursos críticos, siempre regulados por una pertenencia ‘genuina’ a la ciudad y por una identificación ‘legítima’ con los putativos atributos morales que la definen. Así, como tuviéramos ocasión de señalar en otra ocasión (Noel, 2011a), la morfología sociomoral de la ciudad puede entenderse a partir de los sucesivos esfuerzos de un conjunto de ‘establecidos’ activos y persistentes – los emprendedores morales de la ciudad (Becker, 2008) – por construir y sostener una frontera que mantenga a distancia a una serie de ‘recién llegados’ y ‘advenedizos’ que se incorporan a la ciudad en diversos momentos y por diversos motivos, pero que en ningún caso pueden o deben ser asimilados a ella. Como bien puede imaginarse, la viabilidad y verosimilitud de esta frontera implica una reconstrucción quizás no continua pero sí periódica de sus criterios de delimitación, y una reconsideración ocasional del estatuto de los establecidos y los *outsiders* y de la frontera que separa unos de otros.

Sobre esta base, a lo largo del presente texto procuraremos dar cuenta de este proceso a través del análisis del principal y más potente de los recursos morales de identificación de la ciudad: el que remite a la categoría de **pionero** (Noel, 2012). A estos efectos, reconstruiremos la versión original de este recurso a la luz de las circunstancias de su surgimiento y movilización, para rastrear después sus transformaciones a la luz de coyunturas sucesivas que suponen nuevos desafíos a su capacidad de dar cuenta de la heterogeneidad de la ciudad y de sus posibilidades de dar respuesta verosímil a la pregunta acerca de quiénes son sus usufructuarios legítimos. Como tendremos ocasión

Año Población Crecimiento Intercensal 1970-1976: 341-1980: 11.632+54,51% 1991-1996: 116.012+37,65% 2001-2006: 124.282+51,64% 2010-2013: 1031.353+29,12%

de ver, esta reconstrucción supone operaciones sucesivas de ampliación, que a la vez que vuelven los colectivos por él definidos relativamente más inclusivos, siguen cumpliendo con su cometido principal: dejar fuera – o al menos impugnar con fuerza – las aspiraciones de pertenencia de diversos indeseables de turno.

Los Bárbaros a las Puertas: la Emergencia de la Categoría de “Pionero”

Como hemos tenido ocasión de mencionar, Villa Gesell cuenta con una historia relativamente corta. La efemérides oficial la remonta al 14 de diciembre de 1931, fecha en la que su fundador, Carlos Idaho Gesell, comenzó con la construcción de la primera vivienda, pero es recién a partir de la década siguiente (en particular entre 1942 y 1945) cuando la localidad comenzará a atraer a sus primeros residentes permanentes. La evidencia disponible permite reconstruir esta oleada inicial como conformada mayoritariamente por migrantes de tres extracciones distintas. La parte más visible sin duda es la que habrá de dar a la embrionaria ciudad el primero de sus mote: el de “*el balneario más europeo*”, y está compuesta por matrimonios adultos de procedencia mayoritariamente *Mitteleuropea*. Se trata en general de rentistas o al menos de personas en una posición social acomodada, que se establecen en la zona más antigua y residencial de la Villa, que se encuentra en torno de la propiedad de Don Carlos y que será en lo sucesivo conocida como “*Barrio Norte*”.

Sin embargo esta autodeclarada ‘villa europea’ sólo ha devenido posible porque con conviven con estos pobladores otros dos colectivos más numerosos cuyo establecimiento en la ciudad es contemporáneo o incluso anterior al de aquéllos. En primer lugar los “*criollos*” o “*paisanos*” procedentes de General Madariaga (la cabecera municipal) que fueron literalmente quienes “*hicieron la ciudad*” no sólo proveyendo su fuerza de trabajo sino también una serie de competencias prácticas sin los cuales el esfuerzo de Don Carlos muy probablemente se hubiese visto frustrado. Pero también una serie de migrantes europeos menos prósperos y provenientes de otras latitudes – en particular italianos y españoles pero también holandeses, croatas e incluso húngaros, polacos y rusos – que afluyeron a la ciudad en grandes números huyendo de la guerra, la pobreza y el hambre, y que constituyeron la mano de obra semi-calificada que fue movilizadada tanto en la construcción de viviendas para turistas como en las primeras obras de infraestructura. Si bien es cierto que el grueso de este grupo estaba constituido

por migración estacional – en particular en el caso de los “*criollos*”, que encontraban en la ciudad naciente una forma de complementar la estacionalidad de las tareas rurales – que residía en precarios galpones o campamentos de obra para retornar a sus lugares de origen una vez finalizado su conchabo, otros comenzarán en paralelo a edificar su propia vivienda en terrenos comprados a o cedidos por Don Carlos en las inmediaciones de lo que hoy son las calles céntricas y a cambiar progresivamente su trabajo como peones por una actividad comercial que comenzará a hacer posible por vez primera a los habitantes de la ciudad el atravesar los inclementes inviernos con un mínimo de necesidades satisfechas. Al mismo tiempo, comenzarán a aparecer los primeros hoteles de veraneo, propiedad primero de las familias “*alemanas*” del Barrio Norte, y sucesivamente acompañados o reemplazados por emprendimientos más modestos y de menor alcance de sus contrapartes mediterráneos.

Las cronologías locales sindicán al año 1951 como el final de una cierta ‘edad heroica’ durante la cual el resultado del “*experimento de Don Carlos*” era aún incierto. Más allá de la natural desconfianza hacia cronologías tan unánimes y prolijas, es cierto que a comienzos de la década del 50’ tendrán lugar una serie de inflexiones en el proceso de crecimiento de la ciudad. En primer lugar, la migración *mitteleuropea* comienza a perder ritmo. Al mismo tiempo, los insistentes esfuerzos del Fundador por atraer la atención de potenciales turistas de las áreas metropolitanas que quisieran comprar residencias de veraneo en la ciudad comenzarán a tener éxito, al punto que las zonas céntricas comienzan a poblarse de pequeños chalets para veraneantes de las áreas metropolitanas de la Argentina, construidos por los italianos (y en menor medida los españoles) que monopolizaban la mano de obra local en el rubro de la construcción, lo cual tendrá como consecuencia un *pull* migratorio que aumentara su número y su visibilidad en la escena local. En consecuencia, la mancha urbana se extiende, duplicando el tamaño de la superficie ocupada, y se habilitan y venden nuevos loteos hacia el sur y hacia el oeste. La infraestructura de servicios habrá de acompañar este crecimiento y para 1959 encontramos más de 1.300 residentes permanentes – distribuidos en unos 350 hogares – así como una oferta comercial y de servicios relativamente variada, una escuela primaria y servicios de atención médica, una cooperativa que provee electricidad, estafeta postal y delegación municipal, un servicio de pasajeros desde Buenos Aires y uno de ómnibus urbano e interurbano a la cabecera

del Partido, un cine, y más de 25 hoteles en funcionamiento, capaces de albergar más de 6.000 pasajeros en temporada.

Más allá de las diferencias en su posición socioeconómica, sus orígenes nacionales y su especialización profesional y laboral, existe evidencia de que para esta época los habitantes de Villa Gesell siguen pensando a su localidad como un espacio relativamente homogéneo y del orden de la *Gemeinschaft* en el cual “*todos conocen a todos*”, y caracterizado por la horizontalidad de las relaciones sociales, la cordialidad, la camaradería, la ayuda mutua y la confianza⁵.

Sin embargo a partir de la década de 1960 la ciudad adquirirá una notoriedad tan abrupta como imprevista entre amplios sectores de las clases medias porteñas, notoriedad que habrá de dar comienzo a un proceso de transformaciones impensadas y en principio indeseadas. Los residentes de larga data suelen colocar como primer mojón de este proceso el estreno para el año 1962 de *Los Inconstantes* de Rodolfo Kuhn, la primera película ambientada completamente en Villa Gesell y que será recibida e interpretada como una suerte de versión local de *La Dolce Vita* de Fellini. *Los Inconstantes* presenta en sociedad a una localidad hasta entonces en gran medida desconocida para los sectores medios porteños, caracterizándola como un espacio juvenil de libertad y experimentación artística y sexual, en virtud de lo cual la ciudad comenzará a atraer a amplios sectores de la bohemia y la juventud porteñas, enrolados en un proceso de experimentación estético-política y existencial que encontrará en las dunas forestadas de coníferas y acacias un lugar propicio para su despliegue (Noel, 2014b).

Aún cuando no se trate más que de visitantes ocasionales de verano que no establecen residencia fija en la ciudad, su presencia no sólo visible sino exuberante, impertinente y ruidosa será percibida por la inmensa mayoría de los habitantes de la ciudad – comenzando por el propio Don Carlos – como una amenaza a un estilo de vida que colocaba en la “*sobriedad*”, la “*tranquilidad*”, el “*trabajo honesto*”, el “*esfuerzo*” y el “*sacrificio*” – en suma, en la ética protestante – su norte moral e identitario. La irrupción

⁵ Esta caracterización se extiende a los turistas que escogen “*la Villa*” para pasar sus veranos, en la medida en que se les imputa a una búsqueda de “*tranquilidad*”, “*sosiego*”, “*familiaridad*” y “*hospitalidad*” afines a los que se supone reinan entre sus residentes de todo el año.

de los *hippies* en la apacible villa balnearia de comienzos de los 60' representa una reconfiguración que será vivida como brusca – o incluso como violenta – por parte de quienes se establecieron en la ciudad en las décadas de 1940 y 1950, en un proceso que se veía como ajeno tanto a la voluntad como a la aprobación moral y estética del Fundador y de quienes habían acompañado su apuesta en las primeras décadas de su empresa.

Ahora bien: esta coyuntura, leída como la irrupción de una alteridad radical y perturbadora, será ocasión y escenario – como hemos tenido ocasión de adelantar – para el despliegue explícito de los primeros relatos y dispositivos que buscarán proponer una identidad compartida para la ciudad. Si hasta ese momento, el *modus vivendi* de sus habitantes había conseguido mantener sin demasiados contratiempos el ambiente general de una *Gemeinschaft* apacible, la irrupción de estos impertinentes, hedonistas y ruidosos jóvenes metropolitanos implicará por vez primera una reflexión explícita acerca de la naturaleza de la ciudad, los atributos de sus habitantes 'genuinos' y sus putativos consensos morales. Y como puede bien imaginarse, la mayor parte de este proceso será llevado adelante por el propio Don Carlos, de cuya relación consustancial con la ciudad que había fundado apenas podía dudarse y quien seguía en gran medida pensándola en clave emanatista como la traducción directa de su propósito, sus valores y sus objetivos.

Así, actuando en consecuencia, Don Carlos encargará a uno de sus amanuenses, Dante Sierra, la producción del primero de una serie de textos canónicos sobre la historia de la ciudad, que la presentará en clave de epopeya moral, consagrando esos valores de la ética protestante que tuviéramos ocasión de mencionar – en particular la sobriedad, la tranquilidad, el trabajo honesto, el esfuerzo” y el sacrificio – que se postulan como indisolubles de su esencia y su destino. El libro resultante, *El Domador de Médanos* (Sierra 1969), marca en letras de molde el contorno de un 'nosotros' por primera vez puesto a prueba por una forma de alteridad amenazante, y lo hace con trazos morales, a través de una serie de *exempla* que tienen como protagonista al mismo Don Carlos, devenido personaje fáustico y prometeico, y *secundum quid* a sus fieles seguidores, los “*pioneros*” que lo acompañaron y creyeron en él cuando todos le atribuían necedad o locura (Noel, 2012). La categoría de “*pionero*” es presentada por vez primera como el

summum de la *gesellitas*, y es definida no sólo por comprensión – a partir de esas virtudes ascéticas que ya hemos mencionado, y de la inscripción del año 1951 como fin de la edad heroica que los tuviera como protagonistas – sino también por extensión – a través de la enumeración de una serie de apellidos que devienen ‘notables’ a partir de su inscripción en la epopeya fundacional⁶. Los “*pioneros*” son, en este sentido, aquellos cuya pertenencia a la ciudad está fuera de toda duda, en virtud de una afinidad que no es tanto histórica o biográfica como moral y que no es más que un eco de los designios que su fundador le imprimiera⁷. Son ellos quienes estarán en los años sucesivos, y en virtud de esta canonización en la hagiografía local, habilitados no sólo para reclamar una identidad legítima y auténtica con la ciudad, sino para prescribir cuáles son las virtudes que la hicieron posible y la sostienen en el ser, y con las que deben comulgar aquellos que quisieran tener parte en ella y en su vida colectiva (Noel, 2011a)⁸.

La Ampliación del Repertorio: Los Nuevos Pioneros

Una vez construida y diseminada, esta primera definición de la categoría “*pionero*”, que combina por partes iguales precedencia cronológica y respetabilidad moral, conocerá una larga vigencia, vigencia que será apuntalada y sostenida por el despliegue de dispositivos sucesivos que la reelaboran en clave de glosa. Así, a medida que Villa Gesell termina de consolidarse – entre comienzos de la década del 60’ y mediados de la del 70’ – como ciudad masiva de veraneo, se registra el comienzo de esa explosión

⁶ En virtud de la entronización de estos apellidos “notables”, la categoría de “*pionero*” devendrá transitiva: así, no sólo pueden recurrir a la identificación como “*pioneros*” quienes se hicieron literalmente presentes en la ciudad antes de 1951 sino también sus descendientes directos, incluso hasta hoy.

⁷ Cabe señalar que aún cuando este primer colectivo de “*pioneros*” sea enunciado de manera inclusiva para abarcar a “*aquellos que llegaron antes de 1951*”, el modo en que es formulado plantea exclusiones tan notorias como significativas. En primer lugar, el colectivo se declina exclusivamente en masculino, invisibilizando el rol central de las mujeres, que eran quienes pagaban costos más altos en una ciudad con enormes carencias infraestructurales. En segundo lugar porque los “*criollos*” a quienes hemos hecho referencia en los párrafos precedentes y a quienes se debe literalmente el origen de la ciudad, son exorcizados en estas formulaciones de la historia de la ciudad, y permanecerán invisibilizados durante el medio siglo sucesivo. A partir de mediados de la primera década del presente siglo, esta categoría original de “*pionero*” será sometida a una reconstrucción en clave revisionista por varios actores centrales de este colectivo que terminará por incluir estos actores hasta entonces invisibilizados.

⁸ Más allá de que pueda legítimamente dudarse de la eficacia de una campaña literaria como la de Don Carlos a la hora de poner en circulación una serie de recursos identitarios y morales que permitieran delimitar el contorno de un ‘nosotros’ y de censurar a quienes se comportaran de manera pública o demasiado manifiesta en forma incongruente con el *ethos* de la ciudad, lo cierto es que todo parece indicar que la maniobra registró un éxito considerable. Como lo evocan numerosos relatos de nuestros interlocutores el libro de Sierra devendrá – y en muchos sentidos lo sigue siendo aún hoy – un dispositivo de socialización sumamente eficaz para quienes intentan incorporarse de manera significativa a esta ciudad en crecimiento, y su lectura constituirá una suerte de rito de paso para ser reconocido como miembro de pleno derecho en la vida social de esa ciudad en crecimiento.

demográfica a la que ya hemos hecho referencia y que prácticamente quintuplica la población permanente entre 1960 y 1970, y que parece suscitar condiciones propicias a una nueva prédica de los límites de la identificación genuina, auténtica y legítima de la ciudad como colectivo moral.

En efecto: este proceso de expansión aparece para los habitantes de la ciudad establecidos en las décadas precedentes como el principio del fin de la *Gemeinschaft* de los 50' y principios de los 60'. La ciudad de los 70' deja de ser "la Villa", en la cual todos se conocen, para pasar a ser "Villa Gesell", una ciudad que parece haber surgido de la noche a la mañana y en la cual "los pioneros" aparecen como una minoría en retroceso. Un cierto espíritu de sitio y de pérdida del control de los hilos de 'su' ciudad deviene lugar común entre sus habitantes de más larga data, y el Fundador recurre una vez más a un dispositivo socializador en clave literaria: *La Historia de Villa Gesell*, de Omar Masor (1995), originalmente publicada en 1975, y que conocerá un éxito aún mayor que el del texto de Sierra en la década precedente, funcionando como una suerte de catecismo para estos nuevos migrantes metropolitanos.

Sobre esta base, en la medida en que estos nuevos residentes vayan siendo socializados en las virtudes morales correspondientes, e incorporados por tanto a un 'nosotros' expandido que si no los incluye estrictamente entre los "pioneros" los asocia material y simbólicamente a su proyecto, los habitantes de larga data de la ciudad podrán seguir pensando a Villa Gesell como una ciudad quizás más grande, pero fundamentalmente homogénea, sin conflictos sustantivos, y con una unidad política y moral. Las movilizaciones en pos de la autonomía de la ciudad que tendrán lugar a lo largo de la década del 70' – y que habrán de terminar con la concesión de la misma en 1978 por el gobierno *de facto* – y de las que participarán prácticamente todos los actores relevantes pertenecientes a estos sectores (AAVV, 2008) reforzarán esta percepción de una ciudad ciertamente más grande, probablemente más heterogénea, pero fundamentalmente mesocéntrica y mesocrática.

Asimismo, a lo largo de las décadas de 1980 y 1990 el crecimiento poblacional se prolongará a un ritmo similar al de las décadas anteriores, de manera tal que la ciudad alcanzará los 16.012 habitantes para 1991 y los 24.282 para 2001. Aún cuando los

pobladores de las zonas centrales y litorales de la ciudad no lo registren, la afluencia migratoria ha diversificado considerablemente el mapa social de la ciudad, engrosándola por su borde occidental – el más alejado de la costa – a partir del establecimiento de una serie de actores con inserciones mucho más precarias que la de sus predecesores⁹. Estos nuevos migrantes se encuentran imposibilitados de reproducir la trayectoria de ascenso laboral y social en la que se embarcaran sus homólogos de las décadas precedentes ya que a todos los efectos, para el momento en que llegan, los “pioneros” han monopolizado el control de los principales resortes económicos de la ciudad, de manera tal que estos migrantes más recientes sólo pueden establecerse en sus márgenes e intersticios. Al mismo tiempo, la expansión hacia el sur que caracteriza el período para los habitantes de más larga data de la ciudad tampoco los tiene como beneficiarios, en la medida en que la misma es ante todo una expansión de la infraestructura turística y no de la residencial. Por ello, estos nuevos migrantes se establecen en un frente de expansión igualmente activo y dinámico, pero prácticamente invisible para el resto de los habitantes de la ciudad: el del oeste, que se extiende entre unas diez y unas veinticinco cuadras en promedio del frente costero y paralelo a éste, y en el cual los terrenos y los alquileres son más baratos en virtud de la ausencia casi total de infraestructura urbana.

Sin embargo, aún cuando en este periodo los sectores medios pauperizados y los sectores populares ocupen cada vez un lugar más sustantivo en la trama social y residencial de la ciudad, su presencia seguirá siendo fundamentalmente invisibilizada en una ciudad en la que sus principales emprendedores morales, culturales e identitarios así como sus actores sociales y políticos más importantes siguen pensando como

⁹ Aún cuando por razones de espacio no podamos reconstruir aquí este proceso, no quisiéramos dejar de señalar sus contornos generales. En primer lugar, encontramos que la migración europea prácticamente se ha detenido y que el nicho correspondiente a la mano de obra no calificada comienza a registrar una presencia mayor de migrantes de países limítrofes (en particular de Paraguay y en menor medida de Bolivia). Gesell también conoce a mediados de la década del 70’ una cantidad imprecisa pero influyente de exiliados tanto externos – en particular de Chile y Uruguay – como internos, que huyen de la persecución política desencadenada por las fuerzas represivas de las dictaduras regionales. Sin embargo, la parte más notoria de la afluencia poblacional responde a otra corriente que habrá de adquirir una presencia creciente y siempre sostenida en las décadas siguientes: migrantes del interior del país que llegan a la ciudad para “hacer la temporada” – en virtud de que la popularidad de Villa Gesell como destino turístico masivo vuelve imposible sostener la infraestructura exclusivamente sobre la base de la mano de obra local – y que se asientan en la ciudad en forma permanente, esperando subsistir en “el invierno” con “changas” ocasionales que les permitan llegar hasta la temporada siguiente, en vista de que la situación, por precaria que resulte, es vista como comparativamente superior a la del mercado de trabajo en sus lugares de origen (Noel y de Abrantes, 2014).

socialmente homogénea y como compuesta fundamentalmente por una clase media a la que comenzará a agregársele (o al menos a subrayar) su carácter ilustrado. La consolidación de esta representación sesgada de la ciudad, y el lugar central que el repertorio de los pioneros ocupa en su economía moral, será reforzada en el marco del proceso de democratización de las instituciones políticas que tendrá lugar a partir de 1983, que creará un escenario en el que no tanto los cargos públicos como sus apoyos sustantivos pertenecientes a las “*fuerzas vivas*” de la ciudad estarán ocupados por “*pioneros*” y en el cual los conflictos partidarios son apaciguados por una sociabilidad sostenida por una afinidad de clase y que permite a nuestros informantes representar la escena política local como una suerte de *entente cordiale*.

Un proceso adicional de refuerzo de esta imagen homogénea de la ciudad en el mismo momento en que su base demográfica se diversifica tendrá lugar en el marco de una coyuntura crítica que implicó el primer desafío serio a su sustentabilidad económica. A partir del año 1991, la estabilidad del mercado turístico de sol y playa que hiciera prosperar durante medio siglo a Villa Gesell se modifica a raíz de la sanción de la Ley de Convertibilidad¹⁰, ya que la sobrevaluación del peso y la estabilización financiera traen como consecuencia una expansión del crédito tan imprevista como inédita, que suscita una ampliación del mercado turístico hacia una serie de destinos internacionales otrora reservados a los sectores con ingresos elevados que ahora se vuelven accesibles a sectores con capacidades de consumo más modestas. La crisis representa un golpe difícil de exagerar para una ciudad que nunca había encontrado – o siquiera buscado – alternativas productivas o laborales a “*vivir de la temporada*”, esto es, producir una acumulación extraordinaria durante el verano que permitiera a sus beneficiarios subsistir durante los nueve o diez meses de temporada baja.

Ahora bien, ante un escenario de esta naturaleza, en el cual ya no se trata de definir y delimitar moralmente un ‘nosotros’ que caracterice la singularidad colectiva de la

¹⁰ La Ley de Convertibilidad, que los argentinos suelen denominar “*el 1 a 1*” fue sancionada el 27 de Marzo de 1991, bajo los auspicios del entonces Ministro de Economía del presidente Carlos S. Menem, Domingo Cavallo, en un intento de detener el proceso hiperinflacionario iniciado en 1989. La ley estipulaba una paridad cambiaria fija entre el peso argentino y el dólar estadounidense, para lo cual exigía la existencia de respaldo en reservas para el circulante en pesos. Si bien la convertibilidad consiguió su efecto inmediato y trajo una relativa liquidez a los sectores medios y medio altos, sus efectos en el mediano y largo plazo fueron ruinosos para la economía argentina, y causa inmediata de la ‘crisis de 2001’.

ciudad y sus habitantes, sino de atraer clientes en una competencia crítica por las apetencias turísticas de los consumidores de sol y playa en un mercado súbitamente ampliado, resulta claro que las representaciones de la ciudad que circulan entre estos potenciales destinatarios extramuros cobran un nuevo e indiscutible relieve. Así, en este marco y con el objeto de atraer a los esquivos turistas metropolitanos en fuga y a sus pesos sobrevaluados, la administración local comenzará a inscribir paulatinamente ese repertorio contracultural y metropolitano del *hippismo* que fuera anatema para los geselinos de la década de los 60' en un relato ampliado que buscará redefinir a sus figuras más prominentes como “*nuevos pioneros*”, procurando reconstruir la historia local a imagen y semejanza de las representaciones que de ella tienen los habitantes de las grandes ciudades, que han conocido Gesell a partir de los retratos canonizados por la prensa urbana y por la hagiografía de las contraculturas de los 60' y su producto más notorio: esa suerte de género que engloba la producción musical urbana no académica ni popular de la Argentina y que se denomina ‘Rock Nacional’¹¹.

Al mismo tiempo, en una convergencia feliz, un puñado de intelectuales y escritores metropolitanos testigos de ese mismo momento se establecerán en la Villa y se autoproclamarán voceros de ese *ethos*, proponiendo la imagen de una Villa libertaria, intelectual y artística cuya singularidad habría dado su tono a una época, un estilo y una forma de vida singular y única. Estos autores son contemporáneos de la ‘primavera hippie’ y llegan a Villa Gesell por tanto como portadores de y atraídos por ese repertorio de representaciones metropolitanas acerca de “*los años locos en la Villa*”. En esa medida – y ante la imprevista constatación de su elisión en las construcciones colectivas de la ciudad y de la decepcionante ausencia de su impronta – procederán a canonizar ese momento, su ‘espíritu’ y sus valores en términos de una historia olvidada, silenciada o trunca de la ciudad, o incluso como la esencia genuina – aunque reprimida – de la misma, pretensión que como puede preverse recibirá legitimación adicional a partir de su afinidad electiva con las políticas de la administración municipal destinadas a atraer turistas.

¹¹ “*Rock nacional*” es una categoría tan escurridiza como amplia, que se utiliza en general como sinónimo de ‘música contemporánea no académica ni popular’ en la Argentina. En sus usos habituales el sintagma cubre una amplia panoplia de géneros musicales asociados tanto al pop como al rock, y si bien en sus orígenes el foco principal giraba en torno de la música progresiva, el *rythm and blues*, y el *folk*, sus contenidos han experimentado en las décadas sucesivas numerosos deslizamientos

Así, en 1994 la más conocida de las casas editoras de la ciudad edita en formato de libro una serie de columnas centradas en la figura de “Don Carlos” que Guillermo Saccomanno, escritor de fama internacional y el más célebre entre los migrantes metropolitanos de la Villa de fines de siglo, escribiera a lo largo del año 1992 para *Página/12*, un matutino porteño de circulación nacional¹². La obra en cuestión, *El Viejo Gesell* (Sacomanno, 1994) representa la primera aparición en letras de molde de esa representación singular de la Villa Gesell bohemia característica del ámbito porteño, enhebrada de manera tan hábil como casual en el marco de un relato histórico que responde en líneas generales a los trazos canónicos de las ‘historias de pioneros’ que lo precedieron (Noel 2012). La aparición y posterior circulación de *El Viejo Gesell* en el marco del proyecto municipal de inscripción del repertorio *hippie* en la historia consagrada de la ciudad contribuyó significativamente a su inclusión en el canon histórico-literario local, particularmente cuando la Revelación aparecía ya clausurada: no sólo porque ni Don Carlos ni sus amanuenses, ya fallecidos, estaban ya presentes para desmentir o desautorizar visiones alternativas de la ciudad, su naturaleza o su historia, sino porque los “pioneros” a partir de los cuales y en torno de los cuales se había cerrado el círculo original estaban retirándose o efectivamente retirados de la vida pública. Sea cual fuere la causa, lo cierto es para los numerosos migrantes que se establecerán en la ciudad a partir de mediados de la década del 90’ *El Viejo Gesell* aparece pacíficamente incorporado entre los dispositivos de socialización moral y sentimental de quienes aspiran a convertirse en ‘geselinos auténticos’.

Ahora bien, si el texto de Saccomanno representa la primera inscripción de la ‘primavera contracultural’ de fines de los 60’ y comienzos de los 70’ en el relato histórico consagrado a nivel local, el ejemplo más audaz, ambicioso y acabado de reclamar un lugar identitario y moral central para esta época, su ‘espíritu’ y sus valores lo provee *El Alma Perdida de Gesell*, escrito y editado en 2002 por Juan Jesús Oviedo, prolífico escritor, cronista e intelectual local establecido en la Villa desde fines de los 70’. Movilizando una vez más recursos retóricos análogos a los de las ‘historias de pioneros’ Oviedo propone un repertorio moral-identitario en el que las virtudes fundamentales ya no son las de la ética protestante encarnadas en “Don Carlos” y “los

¹² *Página/12* es de hecho es el tercer matutino metropolitano en volumen de circulación, y su ‘contrato de lectura’ presume un lector cosmopolita, de clase media urbana, profesional y progresista.

pioneros” sino aquellas ligadas a otra serie de valores modernos, en muchos casos contrapuestos o incluso incompatibles con aquéllos: la libertad, el amor a la naturaleza, la espontaneidad, la creación, el espíritu de rebeldía, el anticonvencionalismo, la autenticidad, incluso la locura. Los actores en este nuevo relato ya no son los pioneros de antaño, héroes fáusticos que transforman y reconstruyen el paisaje a su imagen y semejanza, doblegando una naturaleza indómita y rebelde a su firme voluntad (Noel 2012) sino héroes “homéricos”, “seres sensitivos, con valores e instintividad, seres creadores, reformuladores y revolucionarios” (Oviedo, 2002:25). Más aún, los “pioneros” no pueden reclamar privilegio alguno en la construcción del “*alma*” de la ciudad, ya que “no fueron tales por su espíritu aventurero sino por su ímpetu comercial. Hallar una fuente de trabajo o un posible enriquecimiento rápido fueron motivos para acudir a este lugar (...) [y] una visión financiera no implica necesariamente la creación de una determinada identidad” (Oviedo, 2002:47).

Como puede verse, el texto de Oviedo representa una apuesta de máxima expresada en una tesis audaz: la de que Villa Gesell, una empresa turístico-comercial iniciada por un *entrepeneur* visionario y secundada por un conjunto de inversores de riesgo, habría sido un “*cuerpo sin alma*” (Oviedo, 2002:24, 48-49) hasta tanto no recibió el hálito fecundador advenido desde la metrópoli y encarnado en los jóvenes rebeldes e irreverentes de mediados de los 60’. Sólo a partir de la fecundación de ese cuerpo estéril, surgido de un banal espíritu de lucro, por parte de un espíritu “*auténtico*” y “*honesto*” encarnado en esos nuevos sátiros homéricos y *Übermenschen* nietzscheanos habría nacido “*la Villa*”, encarnación hipostática de ese momento mágico en el que la sociedad pareció a punto de sacudirse las cadenas del materialismo, de la moral burguesa, del convencionalismo y de la hipocresía.

Ahora bien: en el marco del problema que nos ocupa – la reconstrucción y elaboración de la categoría de “*pionero*” – quizás el efecto más notorio, dramático e imprevisible del texto de Oviedo sea el proponer (en un movimiento en parte insinuado en el texto de Saccomanno) una reescritura, no exenta de ambigüedades, del mito del “*Viejo Gesell*” en una nueva clave *hippie/ecologista*. Así, si es cierto por un lado que Oviedo procura, como hemos visto, desmitificar las construcciones idealistas de Don Carlos, los pioneros y su gesta reduciéndolos al rol prosaico de *venture capitalists*, al tiempo que

insiste una y otra vez en que el alma de Gesell le fue insuflada desde fuera y enfrentando la indiferencia, la indolencia o incluso la oposición solapada y abierta de Don Carlos y los suyos, también es cierto que en determinadas porciones de su argumento, llevado por la retórica determinista propia del género en el cual el texto se inscribe, el autor propone lecturas novedosas del Fundador en clave de afinidad electiva con el hippismo y la bohemia sesentista. Así, las referencias a la “*locura*” que aparecen presentadas con frecuencia como sinécdoque de esa época de oro en contigüidad con la evocación de la figura del “*loco de los médanos*” – epíteto atribuido a Don Carlos por sus críticos – permiten habilitar una semejanza fundada en la autenticidad, la honestidad con uno mismo y el anticonvencionalismo, en un paralogismo que no por flagrante es menos efectivo: si estos jóvenes fueron llamados ‘locos’, al igual que Don Carlos antes que ellos, no puede dudarse de que hay algo fundamentalmente afín entre unos y otro. De modo similar, si el paisaje de la Villa constituyó el lienzo necesario sobre el cual el amor por la naturaleza y el protoecologismo de estos jóvenes urbanos pudo hallar expresión, no debemos olvidar que ese paisaje “*natural*” es producto – en una paradoja que suele pasar desapercibida a quienes más insisten en ella – de la visión de un genio singular que la engendró tal cual estos jóvenes la encontraron tres décadas más tarde. Si es cierto que la ciudad es consecuencia de un designio explícito de su Fundador, entonces el paisaje de Gesell, expresión de su *habitus* personal, habla de un amor por la naturaleza que prefigura el de sus impensados e imprevistos acólitos futuros.

Aún cuando tentativa e inverosímil al momento de la publicación del texto de Oviedo, esta reconstrucción de la imagen del Viejo Gesell no dejará de profundizarse. Así, recogiendo una serie de recursos hasta entonces dispersos y subterráneos, un Don Carlos que todas las fuentes disponibles, orales y escritas – así como lo que sabemos de sus posiciones morales y políticas – sindicaban como firmemente opuesto al hedonismo y al espontaneísmo del *ethos* de los 60’, se aproxima con intensidad creciente – por mediación de la relectura de su libertarismo naturalista, Waldeniano, ascético e indiscutiblemente conservador (Gesell 1983) en clave ecologista y *hippie* – al de un *Ur-hippie* y proto-ecologista. Asimismo, en una operación de concordancia tan audaz como efectiva, su oposición y su indiferencia son interpretadas como parte de una táctica y un designio: no alienar a sus aliados tradicionales – “*los pioneros*” y los inversores – al tiempo que se simpatizaba secretamente y desde siempre, con el *ethos* libertario y

anticonvencional de esta ‘juventud maravillosa’, legítimos herederos y continuadores de un espíritu que estuvo presente *ab initio* pero que sólo entonces se habría finalmente manifestado. Algunos indicios de la preexistencia de esos recursos podemos encontrarlos en el texto de Saccomanno, en la cual su hija Rosemarie – quien caracterizara en su propia obra la ruptura representada por la llegada de esa ‘horda’ en términos que están lejos de ser elogiosos (Gesell, 1983) – argumenta: “*mi padre fue un hippie (...) El primer hippie que llegó aquí. Y a su manera era medio socialista*” (Saccomanno, 1994:138).

A su vez, estos movimientos de aproximación, cada vez más audaces, encontrarán su complemento en una convergencia correlativa – y en principio igualmente inverosímil – entre *hippies* y pioneros. Allí donde la locura atribuida a Don Carlos por sus contemporáneos pudo ser movilizada, como señalábamos en los párrafos precedentes, como puente retórico para postular su afinidad con el espíritu de delirio y bacanal de los 60’ – en principio incompatible con su severo *ethos* protestante – una operación similar basada en una serie de deslizamientos en torno del sentido del lexema ‘pionero’ permitirá enhebrar sin solución de continuidad el ‘momento *hippie*’ en la historia consagrada de la Villa. Así, si como hemos visto al momento de la escritura y publicación de las obras que inauguraron y cimentaron el canon de las ‘historias de pioneros’ el término en sentido propio se reservaba para aquellos que acompañaron a “Don Carlos” en su gesta civilizatoria – y *secundum quid* en forma transitiva y hereditaria para sus descendientes directos – comienza a moverse con fuerza en estos nuevos repertorios un segundo sentido igualmente posible – y de hecho ya presente y en circulación en la ciudad desde al menos hacía una década – que extiende el mote de “*pionero*” a los “*primeros*” o “*predecesores*” en alguna actividad o profesión, incluso cuando su llegada hubiese tenido lugar en fecha relativamente tardía: el primer maestro, el primer médico, el primer fotógrafo, el primer bañero¹³. Sobre esta base, la creciente

¹³ Esta nueva acepción de la categoría “*pionero*” ha sido recientemente consagrada en la toponimia de la ciudad. Así, si la regla hasta comienzo de siglo había sido que las calles de la ciudad no tuvieran nombre sino número, diversas calles de importancia variable han comenzado a recibir nombres relacionados con ‘pioneros’. A modo de ejemplo baste con nombrar la Avenida 5 (denominada “*Dr. Luciano Corti*”, en homenaje al presidente de la Comisión Pro-Autonomía Municipal de Villa Gesell en 1976), la Calle 305 (denominada “*Emilio Stark*”, en homenaje al “*pionero de los turistas*” de Villa Gesell), el Paseo 109 (llamado “*Diego Pérez Esquivel*”, nombre del primer bioquímico y farmacéutico de Villa Gesell), el Paseo 113 (que lleva el nombre de “*Don Omar Enrique Masor*”, creador de los primeros medios en Villa Gesell y uno de sus primeros historiadores, a quien ya hemos citado), el Paseo 135 (“*Juan Carlos Ruiz*”, un dirigente vecinal, desarrollador “*pionero*” de la Zona Sur), el 137 (“*Susana Rosa Jaime*”: “*docente*

insistencia pública a nivel local respecto del rol central de Villa Gesell en la génesis del rock nacional hace posible una sugestiva y nuevamente efectiva operación de asimilación retórica. Allí donde antes los ocasionales *hippies* de temporada se oponían a la presencia sostenida de los pioneros residentes en la ciudad, los primeros devienen ahora “*pioneros del rock nacional*”, y en tanto tales parte integral y legítima de un colectivo ampliado de pioneros en el cual las virtudes originales de la ética protestante son desplazadas por elementos comunes entre ambos conjuntos, otrora incompatibles: la rebeldía, el inconformismo, el anticonvencionalismo, el riesgo, la fidelidad a los ideales. La rapidez y la eficacia con las cuales se consolida esta continuidad quedan puestos de manifiesto por la naturalidad con el que una serie de textos publicados en la última década y escritos por miembros de una generación nacida mucho después de esos ‘años locos’ incorporan a sus protagonistas en un lugar central y en una coexistencia pacífica con los “*pioneros*” y sus historias¹⁴.

La consagración se vuelve posible y la operación verosímil, porque a lo largo de dos décadas de políticas municipales, de inscripción literaria, y de una población engrosada por migraciones procedentes del área metropolitana que importan y movilizan las representaciones canónicas sobre la ciudad construidas desde Buenos Aires, los hilos contrapuestos de dos narrativas otrora incompatibles forman ahora parte de una misma historia, la historia de una Villa “*mágica*” y singular, en la cual el designio de un visionario libertario, anticonvencional y ecologista *avant la lettre*, incomprendido por sus contemporáneos fue fecundado por una juventud maravillosa imbuida de ideales semejantes a los suyos y que encontró en el paisaje ‘natural’ engendrado por su genio el campo de cultivo de uno de los más maravillosos experimentos culturales, artísticos y existenciales de la historia. Así, los predecesores originales, que vislumbraron ese proyecto llamado Villa Gesell y lo llevaron a la existencia material con sus propias manos y su trabajo, y la juventud maravillosa, creadora y brillante que le insufló su espíritu particular a ese cuerpo indiferenciado comparten ahora la distinción de ser pionera”, fallecida en 2008) y el 139 (denominado “*Juan José Antón*”, en honor de quien fuera dueño de la primera empresa de transportes con servicios a Villa Gesell).

¹⁴ A modo de ejemplo pueden consultarse *Contáme de Gesell*, una recopilación de entrevistas realizadas por la periodista Romina Magnani entre 1993 y 2010 (Magnani 2011) y que en su primera sección, denominada sugestivamente “*Pioneros, bohemios y residentes*”, incluye reportajes a figuras de esa escena originaria como Celeste Carballo, Alejandro Lerner, Moris y Piero; o *Historias de Villa Gesell* del periodista e investigador local Juan Ignacio Provéndola (2014), que incluye sendos capítulos sobre Sui Generis o Luis Alberto Spinetta, entre otras figuras más tardías. Una versión detallada de la consagración sucesiva de este repertorio puede encontrarse en Noel (2014b).

considerados pioneros, junto con todos esos otros predecesores que llegaron a la ciudad para contribuir a su existencia con algo que hasta ese entonces no existía – la educación, la salud, la prensa, el transporte, el comercio.

Pioneros de Segunda Selección: los Emprendedores

Ahora bien: hasta ahora hemos hablado sobre todo de lo que estas dos versiones del repertorio de los “*pioneros*” – la original y canónica, articulada sobre la ética protestante y sobre la precedencia cronológica; la síntesis ulterior que integra en ella el espíritu irreverente, audaz, creativo y tenaz de la juventud maravillosa que descubre la ciudad en los 60’ y los ’70 – buscan presentar como característico del perfil moral e identitario de la ciudad, así como los principales recursos con los cuales deben identificarse aquellos que aspiren a ser parte sustantiva de ella. Sin embargo, como hemos adelantado en las secciones precedentes, estos repertorios constituyen dispositivos de gestión identitaria y moral que buscan impugnar aspiraciones consideradas impropias o ilegítimas de ciertos *outsiders* o advenedizos que carecen de credenciales suficientes para ser considerados residentes legítimos de la misma o – aún peor – para hablar en su nombre.

Hemos mencionado *en passant* lo que la primera versión heroica y fáustica del repertorio buscaba excluir: precisamente a estos jóvenes advenedizos que buscaban apropiarse de una Villa Gesell construida y sostenida sobre la base de virtudes incompatibles con las que ellos decían profesar. Más no hemos mencionado lo que esta versión ampliada busca dejar fuera. Se trata de estos pobladores de menores recursos a los que ya hemos hecho referencia, advenidos sobre todo en las décadas del 70’ y del 80’, a los que se les ha sumado en las décadas sucesivas un número significativo de migrantes provenientes de zonas rurales aledañas y la migración proveniente de entornos urbanos y metropolitanos afectados por el estancamiento y el desempleo.

Ahora bien: más allá de las impugnaciones de la que serán objeto los reclamos de estos sectores por ser incluidos en las definiciones legítimas de la ciudad a lo largo del complejo proceso de su visibilización en el paisaje urbano (Noel, 2011a, Noel y de Abrantes, 2014), lo cierto es que son muchos quienes entre ellos quisieran reclamar o reclaman efectivamente una afinidad identitaria y moral con la ciudad que sus posiciones subordinadas o incluso marginales a la vez que su presencia, que aunque a

veces muy antigua es percibida como sumamente reciente por los mejor situados en la escala social les dificultan o les impiden sostener (Elias y Scotson, 2000). Incapacitados, por otra parte, en virtud de esta misma subordinación a reconstruir de manera visible y duradera el principal repertorio de identificación de la ciudad articulado sobre la categoría de ‘pionero’ han debido recurrir a una nueva lectura del mismo que aunque encuentra dificultades para ser recibida como legítima por quienes se sitúan por encima de ellos en la jerarquía social y moral de la ciudad, les permite al menos trazar un límite recursivo en el que buscan distinguirse de quienes se encuentran por debajo de ellos. Estas lecturas buscan segar la dimensión cronológica de la dimensión moral que aparecieran unidas en el repertorio canónico y original de los “pioneros”, para reclamar a la distancia y por recursos a las virtudes de estos prohombres un lugar en tanto **emprendedores**, esto es pioneros *secundum quid*, que de manera relativamente tardía a lo largo de los últimos treinta o cuarenta años “dejaron todo” en sus lugares de origen para mudarse a Gesell y contribuir a la expansión edilicia y estructural de la ciudad, “trabajando sin parar” y “poniéndole el hombro a la Villa”. Así, argumentan, tanto los orígenes sociales y la impronta migratoria como el impulso que habría guiado a estos recién llegados a establecerse en la ciudad no sería muy distinto de los que habrían caracterizado a sus homólogos a medio siglo de distancia. De esta manera, estas apropiaciones del repertorio original intentan asimilar – en menor escala y según modalidades menos heroicas – sus trayectorias a las de los pioneros originales, en quienes se reconocen y de quienes se reclaman herederos, a la vez que les permite construir una imagen especular que enumera en escorzo una serie de vicios atribuidos a otros recién llegados de quienes buscan distinguirse. Asimismo, su identificación virtuosa con la ciudad – y en particular el contraste con quienes no quieren ser confundidos “por debajo” – se argumenta sobre todo a partir de la categoría del **merecimiento**: son inmigrantes que, aunque puedan ser relativamente recientes comparados con los pioneros de la edad heroica, reclaman una membresía de pleno derecho a partir de su contribución laboriosa al crecimiento y el engrandecimiento de una ciudad que es indiscutiblemente suya en la medida en que, como diría Vico, la conocen porque la han hecho.

Cabe destacar que si bien esta lectura del repertorio canónico y esta suerte de reconstrucción de la categoría de “pionero” bajo la modalidad derivada del

emprendedor es movilizado sobre todo por aquellas familias que se establecen durante los 80' y los 90' y que cuentan, por tanto, con al menos dos – y a veces tres – generaciones en “la Villa”, puede recurrir a ella en principio cualquier residente que esté en condiciones de argumentar que “dejó todo” para “venirse a la Villa” y contribuir “con su trabajo honrado” al crecimiento de la ciudad. Por consiguiente, esta lectura puede ser movilizada de manera recursiva: así, los ‘recién llegados’ de ciertos ‘establecidos’ pueden reclamarse ‘establecidos’ respecto de otros ‘recién llegados’ de quienes buscan distinguirse... y así *ad infinitum*, en una escala de legitimidad decreciente. Siendo así, apenas pueda sorprender que sea esta la frontera patrullada con mayor vehemencia por parte de todos estos candidatos a “establecidos” con credenciales más recientes, que movilizan los recursos y atributos ya mencionados para distinguirse con vehemencia de los ‘auténticos recién llegados’: “gente sin oficio”, “improvisados”, oportunistas, migrantes no por convicción o por elección sino *faut de mieux*, y que no participan de la “cultura del trabajo”, en una suerte de premio consuelo que aunque los priva de aspirar a ser reconocidos como pioneros genuinos, al menos les permite una identificación respetable aunque distante con ellos.

Reflexiones Finales

Como señaláramos al comienzo, las aproximaciones al estudio de las dimensiones morales de la vida social exigen estar atentos a una serie de constricciones metodológicas sin las cuales el tipo de objeto analítico reconstruido corre el riesgo de estar sesgado. Lo que quisimos mostrar a lo largo del presente texto es en qué medida la elección de un escenario propicio para la indagación de esta clase de fenómenos permite – al menos para quienes solemos trabajar desde una perspectiva etnográfica – la reconstrucción y elucidación de procesos complejos en los cuales categorías morales particularmente fecundas y productivas – como la de ‘pionero’ en nuestro caso – son elaboradas y reelaboradas en virtud de su capacidad para ser movilizadas como operadores de delimitación y distribución de recursos en escenarios en disputa siempre cambiantes y móviles.

Agradecimientos

El presente trabajo formó parte del proyecto de investigación “Fronteras Morales, Fronteras Sociales: Las Moralidades en el Proceso de Articulación de Identidades, Alteridades y Conflictos en Condiciones de Fragmentación Social” (CONICET) y contó con financiamiento del proyecto “Moralidades, Fronteras Sociales y Acceso Diferencial a Recursos en Condiciones de Fragmentación Social” (UNSAM) así como del programa “Naturalización y Legitimación de las Desigualdades Sociales en la Argentina Reciente” dirigido por el Dr. Alejandro Grimson en el IDAES/UNSAM y del Proyecto de Investigación Plurianual “Sociología del dinero: evaluaciones monetarias y jerarquías sociales” dirigido por el Dr. Ariel Wilkis en el IDAES/UNSAM. Agradecemos a todos ellos la generosidad de habernos permitido trabajar en el marco de esos fecundos intercambios colectivos.

Quisiéramos agradecer también por sus valiosos aportes e intuiciones a varios de nuestros interlocutores en el campo, tanto a aquellos a quienes por razones de confidencialidad prefirieron no ser mencionados por nombre como a quienes sí y entre los que se cuentan Luis Baldo, Irene Balmayor, Miguel Berger, Leonardo Calderón, Elisa Capucci, Mario Carlini, Bonnie Favelis, Manolo García, Gonzalo García de Piedra, Abel Goicochea, Diego Lanzieri, Lola Long, Maribel López Fuentes, Gabriel Maccioco, Jorge Martínez Salas, Santiago Massafra, Eduardo Minervino, Juan Oviedo, Ignacio Paganini, Guadalupe Pagliano, Gabriela Pérez, Juan Ignacio Provéndola, Lourdes Puentes, Raúl Pujadas, Irina Rodríguez, Carlos Rodríguez, Eva Sarka, Federico Spiner, Laura Spiner, Annie Taron (*in memoriam*) y Deby Tescione. Mención particular merece Mónica García, de cuya tristísima y repentina pérdida aún no conseguimos recuperarnos (y quienes tuvieron el privilegio de conocerla y de disfrutar de su generosidad) saben muy bien a lo que nos referimos. Todos ellos – innominados incluidos – fueron generosos en grado sumo para con nosotros y para con nuestra investigación. Como ellos mismos podrán sin duda reconocer, fueron las largas conversaciones en torno de la génesis y la exégesis de la noción de “*pionero*” las que nos pusieron en la pista de varios de los argumentos que estructuran el presente trabajo.

Bibliografía

AAVV. 2008. *Autonomía Municipal de Villa Gesell. Historia y Documentos*. Villa Gesell: Municipalidad de Villa Gesell.

- BALBI, Fernando. 2008. *De Leales, Desleales y Traidores. Valor Moral y Concepción de Política en el Peronismo*. Buenos Aires: Antropofagia.
- BECKER, Howard. 2008. *Outsiders*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- BOLTANSKI, Luc. 2000 [1990]. *El Amor y la Justicia como Competencias. Tres Ensayos de Sociología de la Acción*. Buenos Aires: Amorrortu.
- BOLTANSKI, Luc THÉVENOT, Laurent. 2006. *On Justification: Economies of Worth*. Princeton: Princeton University Press.
- BOURDIEU, Pierre. 2007 [1980]. *El Sentido Práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- COHEN, Anthony P. (ed). 2000. *Signifying Identities. Anthropological Perspectives on Boundaries and Contested Values*. London: Routledge.
- DURKHEIM, Emile. 1993. *Escritos selectos. Introducción y Selección de Anthony Giddens*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- ELIAS, Norbert y SCOTSON, John. 2000. *Os Estabelecidos e Os Outsiders*. Río: Jorge Zahar.
- FASSIN, Didier. 2005. *Compassion and Repression: The Moral Economy of Immigration Policies in France*. *Revista Cultural Anthropology*, 20, (3):362–387.
- FASSIN, Didier .2008. *Beyond Good and Evil? Questioning the Anthropological Discomfort with Morals*”. *Revista Anthropological Theory*, (8), 4:333-344.
- FASSIN, Didier (comp). 2012. *A Companion to Moral Anthropology*. Oxford: Wiley-Blackwell.
- FIRTH, Raymond. 1964. *Essays on Social Organization and Values*. (London School of Economics Monographs on Social Anthropology No. 28). London: The Athlone Press.
- FREDERIC, Sabina. 2004. *Buenos Vecinos. Malos Políticos: Moralidad y Política en el Gran Buenos Aires*. Buenos Aires: Prometeo.
- FREIRE, Jussara. 2011. “Quando as emoções dão forma às reivindicações”. In COELHO, Maria Claudia e Claudia BARCELLOS REZENDE (orgs): *Cultura e Sentimentos*. Rio de Janeiro: Contra Capa.
- GEERTZ, Clifford 1987 [1973]. “Ethos. Cosmovisión y el Análisis de los Símbolos Sagrados”. In GEERTZ, Clifford. 1987 [1973]. *La Interpretación de las Culturas*. México: Gedisa.
- GESELL, Rosemarie. 1983. *Carlos Idaho Gesell: Su Vida*. Villa Gesell: Edición de autor.
- GIDDENS, Anthony. 1995. *La Constitución de la Sociedad: Bases para la Teoría de la Estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu.
- HOWELL, Signe. 1997. *The Ethnography of Moralities*. London: Routledge.

HERZFELD, Michael. 1980. *Honour and Shame: Problems in the Comparative Analysis of Moral Systems*. Revista *Man*. (New Series). Vol. 15, No. 2:339-351.

HERZFELD, Michael. 1982. *The Etymology of Excuses: Aspects of Rhetorical Performance in Greece*. Revista *American Ethnologist*, Vol. 9, No. 4. (Symbolism and Cognition II): 644-663.

HERZFELD, Michael. 2005. *Cultural Intimacy: Social Poetics in the Nation-State*. London: Taylor and Francis.

MALINOWSKI, Bronislaw. 1993 [1916]. "Baloma: los Espíritus de los Muertos en las Islas Trobriand". In MALINOWSKI, Bronislaw. 1993. [1948]: *Magia. Ciencia y Religión*. Barcelona: Planeta-Agostini.

MALINOWSKI, Bronislaw. 1991 [1926]. *Crimen y Costumbre en la Sociedad Salvaje*. Barcelona: Ariel.

MAGNANI, Romina. 2011. *Contáme de Gesell*. Buenos Aires: Alfonsina.

MASOR, Omar. 1995 [1975]. *La Historia de Villa Gesell*. Villa Gesell: Gesatel.

NOEL, Gabriel D. 2011a. *Cuestiones disputadas. Repertorios morales y procesos de delimitación de una comunidad imaginada en la costa atlántica bonaerense*. Revista *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales* XI:99-126.

NOEL, Gabriel D. 2011b. *Guardianes del Paraíso. Génesis y Genealogía de una Identidad Colectiva en Mar de las Pampas. Provincia de Buenos Aires*. Revista del *Museo de Antropología*, IV: 211-226.

NOEL, Gabriel D. 2012. *Historias de Pioneros. Configuración y Surgimiento de un Repertorio Histórico-Identitario en la Costa Atlántica Bonaerense*. Revista *Atek Na*, 2:165-205.

NOEL, Gabriel D. 2013. *De los Códigos a los Repertorios: Algunos Atavismos Persistentes Acerca de la Cultura y una Propuesta de Reformulación*. Revista *Latinoamericana de Metodología de las Ciencias Sociales*, 3(2).

NOEL, Gabriel D. 2014. *Introducción: las Dimensiones Morales de la Vida Social*. Revista *Papeles de Trabajo*, 14.

NOEL, Gabriel D. 2014b. *La Horda Dorada: Tensiones y Ambigüedades en Torno de Recursos y Repertorios Ligados al Hippismo. la Bohemia y los Movimientos Contraculturales de los 60' y los 70' en la Ciudad de Villa Gesell, Argentina*. Trabajo presentado en el Grupo de Trabajo "Moralidades en las Ciudades de la Periferia", XIº Congreso Argentino de Antropología Social, Rosario, Santa Fe.

NOEL, Gabriel D. y Lucía DE ABRANTES. 2014. *La Gran División. Crecimiento y Diferenciación Social en una Ciudad de la Costa Atlántica Bonaerense*. Revista *Argumentos*, 16.

OVIEDO, Juan Jesús. 2002. *El Alma Perdida de Gesell. Ensayo sobre los Años Sesenta y Parte de los Setenta en la Villa*. Villa Gesell: Edición de autor.

PROVÉNDOLA, Juan Ignacio. 2014. *Historias de Villa Gesell*. Buenos Aires: Alfonsina.

ROBBINS, Joel. 2009. *Morality. Value and Radical Culture Change*. In HEINTZ, Monica (ed.). 2009. *The Anthropology of Moralities*. Oxford: Bergham Books.

SACCOMANNO, Guillermo. 1994. *El Viejo Gesell*. Buenos Aires: Alfonsina.

SIERRA, Dante. 1969. *El Domador de Médanos*. Buenos Aires: Gesell.

WERNECK, Alexandre. 2012. *A desculpa. As circunstâncias e a moral das relações sociais*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.

ZIGON, Jarrett. 2007. *Moral Breakdown and the Ethical Demand. A Theoretical Framework for an Anthropology of Moralities*. *Revista Anthropological Theory*, 7(2):131-150.

ZIGON, Jarrett. 2008. *Morality: An Anthropological Perspective*. London: Berg.